

ANA CABANA IGLESIA,

Xente de Orde. O consentimento cara ao franquismo en Galicia,

A Coruña, tresCtres Editores, 2009, 304 pp., ISBN 978-84-92727-12-4.

En los últimos años, los historiadores sociales del franquismo han venido preocupándose por una cuestión clave: la interacción entre las instituciones de la dictadura y la sociedad. Brotaron así en nuestra historiografía debates que tuvieron lugar a lo largo y ancho de Europa. Entre ellos, el «debate del consenso» ha sido uno de los más principales. Como multitud de estudios han puesto de manifiesto aún adoptando variados enfoques (políticos, culturales, sociales, económicos), algunos regímenes autoritarios de la Europa de entreguerras consiguieron articular un «consenso», contar con el apoyo de una porción considerable de la masa social. Ahora bien: ¿qué sucedió en el caso del régimen franquista?

La obra de Ana Cabana se enmarca en este debate. Aspira, a nuestro juicio con éxito, a determinar las actitudes de aceptación de la población hacia la dictadura del general Franco. Y lo hace en uno de los marcos donde la historia social ha dado más frutos: en el campo de la historia agraria. El estudio se centra así en las primeras dos décadas del franquismo de la Galicia rural.

El volumen está dotado de un utillaje teórico válido, en sintonía con las aspiraciones de la autora. En la primera parte de la obra se exponen claramente estas premisas. Los sujetos de estudio son, sobre todo, la «gran masa gris», asentada entre la adhesión incondicional y la oposición abierta; es en ella donde reside el secreto de la estabilidad del franquismo. Cabana define y reflexiona también sobre los conceptos empleados. Así, prefiere emplear el término de «consentimiento» en lugar de «consenso», pues lo considera más preciso para aquella «mayoría indecisa»: hombres y mujeres que podían adoptar, al mismo tiempo, actitudes de aceptación y de resistencia. También quiere huir de la dicotomía entre represión-consenso, característica de algunos estudios. Así, apuesta por una visión dinámica de «consenti-

miento», entendiendo que éste puede bascular en uno u otro sentido en diversos momentos de la vida humana, aún de forma contradictoria.

El grueso de la obra se encuentra en el capítulo tercero. Es entonces cuando, empleando una rica documentación archivística recogida de fondos locales y regionales, Cabana pone en movimiento los conceptos y se lanza a confirmar sus tesis. Y lo hace partiendo de la clasificación que P. Burrin emplea en su estudio sobre la Francia ocupada de Vichy para calibrar las actitudes individuales: «colaboración-realismo», una adaptación política como producto de la resignación; «colaboración-conveniencia», motivada por la voluntad de defender unos intereses personales; y una «colaboración-providencia», consecuencia de una adaptación política «en el amplio sentido del término». No obstante, este utillaje conceptual puede ser problemático aplicado al caso gallego: extrapolar las actitudes de la población en tiempos de guerra y bajo ocupación militar, como fue el caso francés, y las de una población rural como la gallega en tiempos de «paz», quizá puede tener sus riesgos.

Todo sea dicho, Ana Cabana cumple con creces su objetivo. A través de estos tres conceptos definitorios de las actitudes políticas de consentimiento, el lector viaja por la triste y compleja realidad del mundo rural gallego. Así, la adaptación de una gran parte de la población gallega vino determinada por factores como el terror (vivido o percibido): el miedo fue amigo íntimo del silencio y de la adaptación a las circunstancias. A todo ello contribuyó también la vigilancia impuesta por las fuerzas del orden del régimen. Pero también lo hizo la propia actitud de una población en la que el sufrimiento era sempiterno: tras las convulsiones de la República y de la Guerra Civil, muchos ansiaban volver a la realidad, concibiendo casi nulas esperanzas de cambio en la situación. Pero si algo condicionó la adaptación y el realismo de los gallegos, fue el hambre: «a fame neghra» lanzó las preocupaciones políticas al olvido más absoluto, condicionando la adaptación forzada como medio de supervivencia.

Otros muchos «consintieron» con el franquismo por conveniencia. La autora ofrece como

carga de prueba numerosos ejemplos de hombres y mujeres que emplearon las instituciones y sus contactos privilegiados para medrar «a la sombra del franquismo». Evidencia cómo fueron principalmente las clases medias rurales, con toda su heterogeneidad, las que siguieron este camino; en este sentido, ofrece algunas reflexiones interesantes sobre cómo la política agraria de la dictadura pudo beneficiar al heterogéneo grupo de propietarios y arrendatarios rurales. Por otro lado, los subsidios sociales, las acciones benéficas y las instituciones clave de la política social de la dictadura también jugarían un papel destacado en la generación de estas actitudes de aceptación, aunque es cierto que serían más efectivas en los núcleos urbanos que rurales.

Finalmente, Cabana ahonda en la «colaboración-providencia», aquella de los que «consintieron» con más convencimiento. Sería en este grupo en el que se integrarían los partidarios del franquismo, que forjaron su «convencimiento» y «adoctrinamiento» en las trincheras de la guerra civil española. Otros apoyarían al franquismo dejándose arrastrar por el «mito de la paz de Franco», sobre todo en el contexto de la II Guerra Mundial. Pero también otros muchos se sentirían atraídos por el discurso agrarista del régimen, que colocaba al campesinado en el centro de su programa político, pero también por su vinculación con la iglesia católica y sus componentes culturales, esenciales en la vida de aldeas y pueblos gallegos.

En su obra, Cabana dedica también un breve capítulo a las denuncias políticas efectuadas por los partidarios del franquismo. Para la autora, las denuncias evidencian que, como sucedió con la Alemania del III Reich, la sociedad española fue una «sociedad autovigilada» que, a través de la delación de los supuestos enemigos del régimen, «formalizaba su consentimiento».

El estudio se cierra con unas valiosas conclusiones. En ellas la autora recapitula algunas de las ideas, pero también avanza otras que verán la luz en próximas publicaciones. Insiste en la naturaleza del «consentimiento»: una actitud política que no deja espacio para la oposición, «pero sí para el descontento». Es por ello que, bajo el «Nuevo Estado», muchos hombres y mujeres gallegos se

vieron forzados a adaptarse y consentir con el régimen; pero al mismo tiempo existió una resistencia atomizada e individual, en ocasiones espontánea, que sería una constante en los primeros años de vida de la dictadura del general Franco.

La obra de Ana Cabana es necesaria y oportuna. La calidad de su trabajo y sus sugerentes conclusiones suponen una valiosa aportación a los estudios del franquismo. Pero no por ello puede ser algo polémica. Analizar las actitudes sociales bajo una dictadura es siempre un terreno resbaladizo (aunque imprescindible): es imposible calibrar aritméticamente el grado de «consentimiento» de la población. ¿Dónde acaba el «consentimiento» y comienza el «consenso»? Porque no podemos dudar que, también en el franquismo, hubo fervorosos partidarios de la dictadura que fueron mucho más allá del «consentimiento». Si tan sólo recurrimos a los instrumentos de la historia social clásica, sin prestar demasiada atención a los componentes culturales, quizá estemos obviando parte de la historia. Los valores e ideas defendidos por el franquismo pudieron convencer a alguien, y de hecho sabemos que lo hicieron, y no sólo por los beneficios económicos o de supervivencia que pudiera reportarles el régimen. Todas estas reflexiones que ahora vertemos son, en fin, consecuencia de la lectura del trabajo de Ana Cabana Iglesia, sin exageración alguna referente a partir de ahora para aquellos que quieran conocer mejor el funcionamiento del franquismo y la sociedad sobre la que se asentó.

Miguel Ángel del Arco Blanco.